

DOS REVOLUCIONES FRENTE A FRENTE

*Separata del n. ° 15 de Razón Española, Enero-Febrero 1986
Pág. 25-40*

DOS REVOLUCIONES FRENTE A FRENTE

Cuando este nuestro siglo xx sea enjuiciado por los historiadores del futuro, suscitará probablemente en ellos sentimientos contradictorios de admiración y estupor. Se les ofrecerá como un desconcertante intento de realizar a la vez aspiraciones antinómicas. En el orden de las ideas puede ufanarse de asombrosas conquistas; en los hechos, pesa sobre él tan escalofriante relación de acontecimientos dramáticos que más parece acta de acusación para una sentencia condenatoria. Rebosa de guerras, revoluciones, trastornos políticos radicales e ininterrumpidos, transformaciones sociales sin precedentes, crisis religiosas, desconciertos masivos, mutaciones fulgurantes de las convicciones colectivas más íntimas... Se creería imposible describir en breves palabras tan ingente acumulación de sucesos. Podemos pensar en la guerra ruso-japonesa de principios de siglo; en la primera guerra mundial; en la gran revolución rusa; en la aparición del fascismo y nacional-socialismo; en el conflicto italo-etíope; en la guerra chino-japonesa; en la guerra civil española; en la segunda guerra mundial... La lista se haría interminable. Y es difícil pensar que en el curso de los años que aún restan la pugna por la hegemonía mundial no degenerare en una tercera guerra catastrófica.

¿Quién podrá negar, pues, que si se nos encausa al tenor de nuestras acciones difícilmente podremos excusar el veredicto de *culpables*? Los investigadores del mañana tendrán que preguntarse perplejos cómo se explica nuestra agresividad exacerbada cuando en el ámbito de la filosofía, de la ciencia, de la técnica hemos hecho cosas verdaderamente admirables? Sin exageración, hay que remontarse hasta el Renacimiento y hasta la Grecia clásica para encontrar progresos intelectuales y tecnológicos que puedan compararse a los nuestros. ¿Cómo, entonces, explicar que coincidan en la misma época tan espléndidos triunfos de la mente humana junto a tan pobres resultados políticos? ¿Cómo conciliaremos un enriquecimiento tal de los logros especulativos y semejante menesterosidad moral? ¿Será la guerra un fenómeno humano inevitable? ¿Tendrán razón quienes sostienen que los conflictos bélicos forman parte esencial en la dialéctica de la historia y dicen con Rubén Darío:

*“No es humana la paz con que sueñan ilusos profetas:
la actividad eterna hace precisa la lucha.
Y desde tu etérea altura tú contemplas, divina águila,
la agitación combativa de nuestro globo vibrante?”*

No; no parece obligada la conclusión. Es cierto que la humanidad debe albergar en sus entrañas el mismo dualismo, análoga contradicción a la que experimenta en su conciencia el hombre.

Pues, ¿qué es la humanidad sino una repetición coexistencial del ser humano? Si los hombres nos debatimos íntimamente en la perenne necesidad de pronunciarnos sobre el bien y el mal, de elegir entre nuestras apetencias instintivas y los dictámenes de la razón, ¿cómo extrañarnos de que la humanidad entera padezca el tormento de una desgarradura similar?

En el fondo, lo que le ha sucedido al siglo XX, lo que explica la antagonía que lo despedaza, es la concurrencia en él de dos revoluciones incompatibles: *Una revolución silenciosa en el reino de las ideas y una revolución, provocada y ruidosa, en los bajos fondos del instinto.*

La primera, orientada hacia un conocimiento imparcial. La segunda, hacia una apasionada reestructuración de los hechos sociales advenientes. La revolución de silencio reportaría al mundo iluminación y poder. La revolución provocada, la guerra 'non sancta' inducida por los beneficiarios expectantes del cambio político, ha desencadenado la violencia, sembrado la discordia y amenaza con convertir al mundo en el escenario para representar una tragedia de exterminio.

La revolución de silencio comenzó en Europa casi en los mismos umbrales de nuestro siglo. La desencadenaron, sobre todo, Alberto Einstein y Max Planck. El primero, con la teoría de la relatividad; el segundo, con la teoría cuántica. Einstein trastocó la física de su época al imponerle una concepción diferente del tiempo y del espacio y al demostrar que ciertos conceptos y presuposiciones de asenso general eran científicamente insostenibles. Cuando, por ejemplo, sus incisivas e ingeniosas críticas brindaron la prueba de que no podían existir en el Universo sucesos calificables objetivamente como simultáneos, los filósofos y el hombre de la calle no acababan de creer lo que una lógica sin fisuras les hacía percibir como adquisición incontrovertible. Todos estamos tan habituados a imaginar que la ocurrencia simultánea de dos o más sucesos es algo que a los mismos les pasa; es decir, una propiedad que comparten, no puesta por nosotros; que esta última hipótesis no nos merece crédito alguno.

Ahora mismo, mientras nosotros reflexionamos sobre este problema sorprendente, algo está ocurriendo en otro extremo del mundo o en el Sol. Esto parece obvio; pero ¿cómo puedo afirmar yo que dos sucesos son simultáneos? *La respuesta no se hace difícil: Cuando mis sentidos los perciben a la vez o cuando, sin percibirlos a la vez, deduzco racionalmente que han acontecido en un mismo momento.* Pensemos, cada uno de nosotros en dos sucesos: uno, produciéndose en el rincón izquierdo de la estancia y otro en el derecho, con la condición de que ambos estén equidistantes de Vd. (o de mí). El primer evento podría ser el posarse una mosca en el mismísimo rincón. Y el segundo, el iluminarse el otro con el destello de una lámpara. Dada su posición particular (o la mía), Vd. (o yo) verá ambos sucesos como simultáneos, pues la luz que trae la información sobre su ocurrencia salva en los dos casos idéntica distancia. En cambio, cualquier otro espectador que los contemple desde una posición asimétrica, no podrá estar conforme con nuestras aserciones, ya que los percibirá sucesivamente. O sea: la simultaneidad es relativa al observador; depende del patrón de tiempo, del reloj que el observador aplique a la determinación cronológica de ambos eventos.

No es ocasión ésta para exponer siquiera las premisas básicas de la relatividad restringida. Baste saber que forzó al hombre a efectuar cambios drásticos en su concepción del mundo. Lo mismo hizo la mecánica cuántica, que reveló la discontinuidad inesperada de la materia, la propagación de la energía por 'cuantos de acción' que no cabría desmenuzar en fragmentos menores.

Las concepciones de Einstein y Planck eran tan imprevisibles, estaban tan reñidas, incluso, con los principios básicos de la física de entonces que resulta muy arduo contraponerles otras más decisivamente revolucionarias. Sin embargo, esta revolución intelectual, al igual que la gran

revolución copernicana, no causó trastornos en el mundo ni lanzó a unos hombres contra otros. ¿Que por qué? Porque, al revés que en épocas pretéritas, la ciencia se ha confiado por entero a métodos objetivos de convicción y en lugar de entregarse a escauceos retóricos, explora los hechos, analiza matemáticamente, cuenta o mide. Las controversias científicas se deciden ahora no a voz en grito ni por la fuerza, sino mediante pruebas experimentales y controles lógicos. Y así, los nuevos postulados fueron sometidos por los expertos a la fiscalización implacable de su método habitual, tras cuyo resultado propicio no quedó más remedio que acomodar la física a las flamantes teorizaciones. Los pontífices del saber clásico, derrotados por dos investigadores incipientes, ni se aferraron ni podían aferrarse a las viejas ideas: colaboraron a implantar las nuevas. No hubo cismas. Se logró, por el contrario, más eficaz solidaridad y el hombre pudo realizar avances gigantescos.

* * *

¿Podrán sorprender tales hechos? ¿No son algo completamente natural y lógico? Sin embargo, mientras en las ciencias de la naturaleza prevalece desde hace siglos la objetividad de una disciplina metodológica familiar para todos los especialistas, en las ciencias sociales —y en la política muy especialmente— seguimos todavía hoy esclavizados por la palabrería y recurriendo a la violencia como última *ratio* para imponer a los demás nuestros persona-lísimos criterios. ¿Pues no son, incluso, fuerza numérica las votaciones “democráticas”? La dualidad es llamativa y mueve a reflexión. La política es uno de los saberes de mayor antigüedad y abolengo. Desde luego precedió a la física en varios siglos. Y, por mucho que nos asombre, hubo un tiempo en que su credibilidad iba muy por delante de la que se depositaba en la física. Aristóteles, por ejemplo, escribió una física y una política. La primera, nos resulta hoy por completo anacrónica: se ha quedado tan atrás, que no nos sirve ya para nada. La política de Aristóteles, por el contrario, podría actualizarse sin gran trabajo y sus líneas maestras, lejos de ser perturbadoras, favorecerían en muchos puntos las investigaciones contemporáneas. ¿Por qué esos progresos en un caso y este estancamiento en el otro? Hay dos respuestas encontradas para el enigma: La de quienes creen que la ciencia social ofrece dificultades intrínsecas muy superiores a las que han sabido vencer las ciencias exactas; y la de cuantos decimos simplemente que nuestro retraso se debe a excesiva confianza en las propias capacidades, a no escarmentar jamás con el error ajeno y seguir aferrados a la falsa suposición de que con el sentido común y el saber vulgar cabe resolver los gravísimos problemas de la sociedad coetánea. ¡Para la perspicacia de algunos parece que no haya misterio que se resista!

¿En qué quedamos? Si las ciencias sociales exceden en complejidad a las cosmológicas, menos podrá uno allí que aquí enfrentarse con éxito, en vía meramente especulativa, a la totalidad de los problemas acechantes. Deberá, para vencerlos, dividirlos en menudos y abarcables asuntos; y confiar las soluciones a un reiterado esfuerzo cooperativo de numerosos entusiastas y a las reglas del método experimental. Resulta carente de sentido afirmar, por ejemplo, la suprema dificultad del saber político y dejar que cualquier advenedizo de turno o arbitrista de café pueda convertir a toda una colectividad en cobayo de sus lucubraciones precarias.

¡Y sin ninguna garantía de que los aspirantes a políticos posean en la materia algún conocimiento especializado!

¡He ahí el más grave problema de nuestro tiempo! El interés de los profesionales del oportunismo en mantener el *statu quo* les ha movido a divulgar la idea de que la política es un

“arte”, necesitada de una intuición y genio especial, que ellos acaparan en exclusiva. A la ciencia política la tildan de 'utópica', pues les parece que el intento de aplicar a los temas políticos el método experimental está de antemano condenado al fracaso.

Ni que decir tiene que semejante apreciación interesada se desfonda en cuanto se somete al análisis. Los hechos políticos son complejos; pero no tanto como los que han conseguido domeñar otras ciencias. Ahí tenemos, por ejemplo, la astronomía. Echen la vista al cielo en una noche clara, sin luna, y fíjense en las estrellas. ¿Quién podría soñar jamás que lograríamos saber cuanto sabemos sobre ellas? Ni su enorme número, ni la variedad de sus movimientos, ni las fabulosas distancias a que se encuentran obstaron el triunfo del método científico y de la concienzuda observación. Aún no hace muchos años, Augusto Comte, el fundador de la sociología positiva, citaba la composición química de las estrellas como un ejemplo de conocimiento sustraído al ingenio humano. Los astrónomos sonrieron tal vez ante la profecía y continuaron enfrascados en su trabajo. ¡Pocos años después, el análisis espectral abrió a los sabios las puertas del arcano y el *helio*, ese gas inerte que hoy podemos hallar en nuestra atmósfera, fue descubierto en el Sol antes que en la Tierra: por eso su nombre!

* * *

Una de las obras más bellas de la literatura universal, el Dammapada del canon budístico; es decir, “El sendero de la Ley”, comienza con estas palabras memorables:

“Todos los hombres somos hijos de lo que hemos pensado; nuestras obras son el producto de nuestras ideas, los ecos de nuestros pensamientos. Si alguien inspira su vida en erróneas ideas, la pena le sigue, como la rueda sigue los pasos del buey que tira del carro. Si alguien contrariamente inspira su vida en una idea pura, la felicidad le acompaña, como sombra adherida a sus pasos.”

Este pasaje conmovedor del hermoso libro contiene una doctrina insistentemente expuesta por Buda, la de los *pensamientos tensores*, que fue redescubierta en occidente mucho más tarde. “Las ideas arrastran a la acción” era, en esencia, el aserto budista. “Los hombres acaban por querer y poner en práctica lo que piensan.”

La generalización del principio anterior entrañaba una consecuencia importante para la filosofía de la historia. La de que los hechos políticos son resultados enormemente probables de las convicciones dominantes en una sociedad. *Condicionar las ideas sería así, en última instancia, predeterminar el futuro humano.*

Buda y los pensadores posteriores a él que reflexionaron sobre el poder motivador de las ideas lo hicieron desde una perspectiva ética: querían precavernos contra las malas acciones, procurando inhibir los malos pensamientos.

Claro está, con todo, que ese mismo descubrimiento se utilizó también con fines muy distintos por los retóricos y, muy en especial, por la oratoria política; su propósito común era galvanizar a los hombres azuzándoles las pasiones. Ética y retórica se encontraban, así como polos opuestos, representando las dos grandes formas de actuación social. Y el choque entre ellas, que tuvo lugar y fecha ciertos, fue presagio simbólico y anticipo de lo que habrían de ser en el futuro las dos concepciones predominantes y antitéticas sobre el hacer político. Una, la representaban los sofistas; la otra, Sócrates. Y no vendrá mal meditar un momento sobre este duelo trágico

entre las dos actitudes.

Recordemos qué significaban y qué enseñaban los sofistas. Se daban a sí mismos este pomposo nombre, arrogándose el título de sabios, como la mejor propaganda para justificar su magisterio, pues se atrevían a enseñar cualquier cosa y contraían el compromiso con sus discípulos de pertrecharlos intelectualmente de tal modo que pudieran vencer al más diestro adversario en una disputa. No trataban, pues, de investigar y difundir verdades: ¡No creían en ellas! Trataban de estudiar los procedimientos capaces de ganarse a la gente para asegurarse el apoyo popular en las discusiones públicas. Los sofistas, por así decirlo, se especializaron en la captación de masas y, en el fondo, el blanco de sus enseñanzas no era otro que la formación de hábiles demagogos, de líderes políticos. Quien domine el arte de la persuasión —venían a decir— será en una democracia el dueño del mundo.

Frente a estas pretensiones, Sócrates, su gran adversario, adoptó siempre actitudes diametralmente opuestas. Comenzaba por afirmar que sólo sabía una cosa: que no sabía nada. Y en lugar de brindar respuestas pretenciosas a cualesquiera problemas, se limitaba a preguntar con aparente candidez a los propios sofistas hasta encararlos con una contradicción u obligarles a reconocer su real ignorancia sobre el asunto debatido. *Únicamente quien sabe que no sabe* —aducía Sócrates— *puede imponerse el esfuerzo que la investigación de la verdad demanda*. Quien toma su ignorancia por ciencia infusa se condena a sí mismo al enceguecimiento intelectual.

Los sofistas fueron probablemente los primeros en advertirse del gran papel que podía caberle a la retórica, como arte de la persuasión, para montar un sistema de *explotación política*. Gracias a la retórica, el demagogo podría poner a los hombres a su servicio. Frente a los sofistas, Sócrates representaba la objetividad del método científico. Y la liberación de los hombres respecto a las manipulaciones ideológicas. Desde que la educación capacitara a los humanos para buscar por sí mismos la verdad, el juego retórico se tornaría imposible. Lo malo fue que en el duelo entre los sofistas y Sócrates, éste sucumbió, condenado a beber la cicuta, mientras aquéllos siguieron prosperando en la democracia ateniense. Y aun cuando los discípulos de Sócrates; es decir, sobre todos, Platón y Aristóteles, supieron tomarse el desquite oportuno, su victoria fue, como veremos, una victoria pírrica: la política siguió siendo *actividad de audaces*, no una práctica fundada en saber; y los designios de Sócrates sufrieron un larguísimo eclipse.

La concepción del saber como un medio político, atisbada por Sócrates, tuvo en Platón y Aristóteles sus continuadores geniales. Uno y otro acometieron la tarea de investigar cómo debería estar organizada la *polis* perfecta, el Estado ideal, y cómo habría que educar al hombre para que ese ideal no resultara absolutamente inasequible. El hombre necesitaría tener ciertas virtudes para cooperar eficazmente con los demás. Luego esas virtudes deberían serle inculcadas desde la infancia para que las viviera después como un hábito. La ética tendría que ser, pues, la clave del edificio político.

De todos modos, la ética platónico-aristotélica era concebida como una ciencia, según la sugerencia socrática, y no podía prestarse al juego del oportunismo político. Los hombres se asociaban y formaban *poleis* (ciudades-estados) para su mayor felicidad; pero como no existía felicidad verdadera fuera de la virtud, la ciudad perfecta, la polis ideal, era la que mejor consentía la práctica de las virtudes. ¡ El interés privado y el interés público de formar por la educación ciudadanos virtuosos coincidían plenamente y todo el problema estribaba en conocer las verdades éticas y en divulgarlas por la enseñanza! La ética, que estaba necesariamente sobre comunidad e individuo, deparaba el mejor servicio a la comunidad; mas no era ideología de clase ni palabra inductora para permitir a un hombre el dominio o la 'domesticación' de otros hombres!

Aunque esta concepción “clásica” de la política prevaleció por siglos, fue recibida no como incitación para investigar, sino como verdad dogmática y no aportó grandes contribuciones al progreso humano. Se comprende, así, que la sola crítica de Maquiavelo bastara para labrar su descrédito hasta nuestros días.

¿Qué decía y cómo argumentaba Maquiavelo? Según mi parecer (y advierto que existen bastantes interpretaciones distintas del pensador italiano), Maquiavelo rechazó las concepciones clásicas con una objeción netamente científica, que suscribiría, sin vacilar, cualquier epistemólogo de nuestra época. Las tesis de los clásicos —viene a decir Maquiavelo— resultan desmentidas por la experiencia y no se concilian con los hechos de observación. En ciencia no se trata de indagar cómo debe ser el mundo, sino de saber cómo es el mundo realmente. De nada aprovecha que se les predique a los políticos cómo deben actuar para conseguir el bien público: no nos harían ningún caso. De lo que cabe cerciorarse por experiencia, y sobre esto sí que se puede fundar un saber, es de lo que los políticos hacen cada día, movidos por el designio egoísta de mantenerse en sus cargos. No tiene sentido irles con éticas a los políticos, porque podrían esgrimir contra nosotros dos argumentos incontestables. Primero, si sigo esos consejos, perderé el poder; y mi sucesor, escarmentado en cabeza ajena, se reirá ya de sus consejos éticos para conservarlo. Y la ética nada ganará y yo habré perdido. Segundo: la ética es posible gracias a la política, no al revés. Sin un poder organizador no habría sociedad ni normas de conducta generalmente acatadas. Reinaría la ley del más fuerte, como en la selva, antes de toda organización social.

Es, pues, el poder quien dicta las normas de comportamiento y crea la ética; luego tiene que estar sobre esa ética que le debe el ser, no supeditado a sus preceptos. El mejor político será entonces el que sepa conservarse mejor en el poder; quien consiga incrementarlo y dilatar su radio de influencia.

Con estas doctrinas “maquiavélicas” hizo explosión el voluntarismo político en el mundo y se produjo una funesta 'santificación' de la lucha por el poder. Si el poder era ya la lámpara de Aladino que ponía los genios de la naturaleza, las fuerzas naturales y humanas, al servicio de quienes manden, el poder resultaba evidentemente el bien más apetecible e importante y valía la pena luchar por obtenerlo, por conservarlo, por hacerlo prevalecer contra toda rivalidad.

Ni que decir tiene que semejantes presuposiciones habrían de implicar una sublimación del belicismo y el menguante de la moderación y de la confianza. ¿Pues qué importaría que la masa anónima experimentara los más vivos deseos de paz y de concordia si los grandes conductores de pueblos abrigaban el propósito de alzarse, a cualquier precio, con la soberanía mundial? ¡Aunque la gente no reflexione sobre ello, dos y dos hacen siempre cuatro!

Mientras la teoría y la práctica política tomaban estos rumbos, la ciencia, perfeccionando sus métodos, se consolidaba y permitía las primeras síntesis grandiosas sobre la esencia del cosmos. El gran trío, Copérnico, Galileo, Kepler, preparó los cimientos de la colosal estructura y Newton, en sus famosísimos *Principia*, trazó las líneas maestras de un 'modo de pensamiento' que ha dado al mundo su fisonomía actual. Donde antes ciencia y especulación se confundían en propósitos y resultados, ahora no hay confusión posible: ¡Todos pueden palpar la diferencia! ¡La especulación, gratuita, metaempírica, se ha mostrado perpetuamente estéril; la ciencia, en cambio, nos ha permitido dominar la naturaleza y transformar el medio humano en virtud del conocimiento auténtico que nos ha proporcionado sobre la realidad. El lema de Bacon se ha cumplido: ¡Ahora sí que hay constancia de que “saber es poder”!

¡Podía mucho, en efecto, el hombre al promediar el siglo pasado, cuando Carlos Marx satirizaba

La miseria de la Filosofía y postulaba un nuevo modelo de acción político-económica! ¿A qué filosofar? ¡No era cosa de conocer el mundo, sino de trasformarlo! ¡ Le parecía ocioso romperse la cabeza indagando la sustancia del mundo cuando los hombres soportaban tan deficiente organización que lo único cuerdo tendría que ser afanarse por reformarla! Con Marx, la filosofía, que había ido sucesivamente queriendo pasar por alguna ciencia concreta, se siente atraída hacia enfoques políticos. ¿Pues no correspondería a la política esa transmutación del medio?

Por mucha simpatía que pueda merecer la tentativa de Marx, quien pretendía sinceramente mejoramientos humanos, no cabe desconocer que sus axiomas sólo tenían sentido merced al nivel que había alcanzado en su época la investigación científica. Su pretensión de transformar el mundo y su despreocupación por conocerlo no sonaban a mera insensatez, porque muchos enigmas del Universo habían sido ya desentrañados y, por obra de tales conocimientos, habíamos logrado en gran medida dominar la materia. Pero ¿qué hubiera ocurrido a la humanidad si la aseveración marxista de que no era cosa de conocer el mundo, sino de transformarlo, hubiera informado nuestras acciones desde la prehistoria? Pues, sencillamente: ¡ que seguiríamos en la prehistoria! Por la razón patente de que cualquier poder viene de un saber. “ ¡ La verdad os hará libres” —enseñaba Jesús— lo que tanto vale como decir que todos nuestros progresos fincan sobre verdades!

Marx preconizó —es interesante llamar la atención al respecto— una doctrina de la causalidad social opuesta, bien que preludiada, por la de Buda. El creía que las ideas eran epifenómenos de los hechos económicos; es decir, deducciones interesadas establecidas por cada clase social con el fin de perpetuar la dominación de los instrumentos productivos o de dar al traste con ella. Así, la lucha ideológica tenía que ser inevitable y santa hasta la revolución y la dictadura del proletariado. A partir de entonces inadmisibles y fatales. Sin embargo, curiosamente, la praxis marxista le dio la razón a Buda. Pues fueron las ideas de Marx las que condujeron al comunismo en todos los países en que se ha impuesto y no la maduración, la dinámica misma de los hechos económicos, según se imaginaba él.

Esto nos enseña una cosa: que las ideas no son inertes, sino explosivas y que reportarán a menudo males para los hombres, si uno no encuentra la criba apropiada para tamizarlas. ¿Pues cómo preferir, entre ideas antitéticas, las unas a las otras? ¿Probándolas simplemente en la práctica, incluso al precio de arriesgar la supervivencia de la especie? ¿Dejando la decisión al dictamen de la mayoría? Antes que confiar la decisión a la fuerza, la fórmula del sufragio puede resultar aconsejable, como un mal menor y una salida excepcional. Porque la solución “a los votos”, siempre provisoria, deja cualquier problema sin resolver. Y para el progreso cuentan únicamente los conocimientos bien cimentados.

La historia de la ciencia prueba en cada una de sus páginas que la mayoría está siempre aferrada al error y que han sido reducidísimas minorías, muy a menudo un hombre solo, quienes restablecieron la verdad y propiciaron la evolución salvadora.

De ahí, la concepción de la política que he propuesto hace bastantes años y a cuyo progresivo éxito parecen conspirar, a mi juicio, las ondas-piloto de la nueva filosofía.

Para comprender mis conclusiones, tomen ustedes nota de ciertos hechos científicos que todos tenemos bien a la vista.

Todos sabemos que cada ciencia pretende un conocimiento neutral y desinteresado sobre una cierta porción del mundo. Busca descripciones invariantes de los fenómenos, que permanezcan incólumes a pesar de los cambios de observador. No hay, por eso, una matemática de izquierdas y otra matemática de derechas, ni una física marxista y una física no-marxista. Hay una

matemática y una física, a secas. Lo que la ciencia quiere es una representación abreviada de los fenómenos, tal como se nos ofrecen en su acontecer. Que de tal representación, si atinada, se derive la posibilidad de incrementar el poder humano, eso es otra cosa. Tal misión compete a la técnica, a la tecnología, si lo prefieren; pero sobrepasa la competencia de la investigación científica, en sentido estricto. Precisamente por ello, al lado de cada ciencia natural, cabe encontrar su correspondiente tecnología. Hay, así, una tecnología física, una tecnología química, una tecnología mecánica, etc., pues cada saber hace pensar en un *aprovechamiento del saber*.

Y esto, que es verdad para las ciencias de la naturaleza, es asimismo verdad para las ciencias sociales y humanas. Si hay un saber económico, financiero, sociológico, jurídico, debe haber igualmente la técnica correlativa procurando que redunden en nuestro bien, que presten servicios al hombre. Pero, sintomáticamente, no llamamos a estos saberes o cometidos prácticos “técnicas”, sino “políticas”. ¿Quién ignora hoy que en casi todas las universidades del mundo se enseña una disciplina que se llama política económica; otra que se llama política social; otra que se designa como política financiera? ¿No está cuajando también una política del Derecho? El hecho no puede negarse; pero ¿qué significa?

A poco que reflexionemos, tendremos que reconocerle consecuencias trascendentales. Estamos ante el fenómeno que yo he denominado “*la quiebra del voluntarismo político*”, que es uno de los más esperanzadores acontecimientos que se están produciendo en nuestra época.

En efecto, a medida que estas nuevas disciplinas políticas se consolidan, el político profesional pierde una buena parte de su libertad decisoria. No puede hacer ya lo que bien le parezca, ni obrar al tuntún. Está *limitado por un cuerpo de saberes objetivos, que, resonados socialmente por públicos expertos, se traducen en convicciones colectivas incontrastables*. En la misma proporción en que tales saberes nuevos crezcan y se afiancen más y más, claro es que disminuirá correlativamente el campo que quedaba entregado al arte político.

Por eso, podemos condensar nuestra definición de la política como “*integración universal de técnicas, saberes y esfuerzos, para conseguir, a mínimo coste, una optimización hacedera del bienestar*”. La política se convierte, así, no en una actuación instintiva o caprichosa de los gobernantes, sino en una super-ciencia, en una filosofía de la práctica que, minimalizando el despilfarro, ha de movilizar en nuestro provecho todos los saberes, para que se utilicen mejor los recursos escasos en cada momento disponibles.

Cuando esta concepción de la política logre imponerse sobre la barata caciquería que reina aún en nuestra época, se habrá producido en la Tierra la más ingente e incruenta revolución de toda su historia. Será una revolución en silencio, sin violencia, sin lágrimas. Y consistirá, en último término, en confiar la criba de las ideas a métodos empíricos, no a la fuerza ni al número. En ese instante tendremos un planeta en paz, donde el poder de la razón habrá vencido, por fin, a esa ominosa razón del poder, en que se parapeta el que manda.

José Lois Estévez